

za y cuernos enteros, como los arrojan á la mar, por no pelarlos. Es el tiburón un pece largo y gordo, y alguno de ocho palmos de cinta y de doce piés en luengo. Muchos dellos tienen dos órdenes de dientes, una junto á otra, que parecen sierra ó almenas; la boca es á proporcion del cuerpo, el buche disforme de grande. Tiene el cuero como tolo. El macho tiene dos miembros para engendrar, y la hembra no mas de uno, la cual pare de una vez veinte y treinta tiburoncillos, y aun cuarenta. Es pescado que acomete á una vaca y á un caballo cuando paca ó bebe orillas de los rios, y se come un hombre, como quiso hacer uno al calachuni de Acuzamil, que le cortó los dedos de un pié cuando no lo pudo llevar entero, como le socorrieron. Es tan goloso, que se va tras una nao, por comer lo que della echan y cae, quinientas y aun mil leguas; y es tan ligero, que anda mas que ella aunque lleve mas próspero tiempo, y dicen que tres tanto mas, porque al mayor correr de la nave le da él dos y tres vueltas al rededor, y tan somero, que se parece y ve cómo lo anda. No es muy bueno de comer por ser duro y desabrido, aunque bastese mucho un navío hecho tasajos en sal ó al aire. Cuentan aquellos de la armada de Cortés que comieron del tocino que sacaron al tiburón del cuerpo, que sabia mejor que lo otro, y que muchos conocieron sus raciones por las ataduras y cuerdas.

Que la mar crece mucho en Campeche, no creciendo por allí cerca.

Con el buen tiempo que hizo luego se partió de allí la flota en busca del navío perdido, y hacia Cortés entrar con los bergantines y barcas de naos en los rios y calas á lo buscar, y aun estando en par de Campeche surtos los navíos en la playa, atendiendo los bergantines y barcos que andaban entre ciertas caletas á descubrir el que faltaba, á fin se quedaran en seco, aunque estaban casi una legua dentro en mar: tanta es la meneguante y creciente que hace allí. No crece sino allí la mar, del Labrador á Paria; nadie sabe la causa dello, aunque dan muchas, pero ninguna satisface; y dicen que si no fuera por esto, que saltaran en tierra á vengar á Francisco Hernandez de Córdoba del daño que allí recibió. Navegando pues apegados siempre á tierra, emparejaron con una gran cala que agora llaman Puerto-Escudido, en la cual se hacen algunas isletas, y en una dellas estaba el navío que buscaban. Cortés y todos holgaron infinito de hallarle sano, y á toda la gente salva y buena, y otro tanto hicieron ellos por ser hallados; ca tenían temor de sí por estar solos y no bien proveídos, y que la flota no fuese perdida ó adelante pasada; y sin duda no se hubieran podido sufrir allí de hambre tanto tiempo, si no fuera por una lebreja; mas como ella los proveía, y era por allí la derrota y camino de la armada, esperaron el capitán, y aun con harto miedo no le hubiese acontecido alguna como á Grijalva ó á Francisco Hernandez de Córdoba. Como surgieron todos allí donde aquel navío estaba, y se holgaron unos con otros, como era razon, preguntados de qué tenían por las jarcias tantos pellejos de liebres y conejos y de venados, dijeron cómo luego que allí llegaron vieran andar por la costa un perro ladrando y escarvando de cara del navío, y que el capitán y otros salieron en tierra y halla-

ron una lebreja de buen talle que se vino para ellos. Hallágoles con la cola saltando de uno en otro con las manos, y luego fuése al monte que estaba cerca, y dende á poco volvió cargada de liebres y conejos. El otro día de adelante hizo lo mesmo, y así conocieron que había mucha caza por aquella tierra, y comenzaron á irse tras ella con no sé cuántas ballestas que venian en el navío, y diéronse tan buena diligencia á cazar, que no solamente se habian mantenido de carne fresca los días que allí habian estado, aunque era cuaresma, pero que se habian tambien bastecido de cecina de venados y conejos para largos días, y en memoria de aquello pegaban por la jarcia las pellejas de los conejos y liebres, y tendian al sol los cueros de los ciervos para secarlos. No supieron si la lebreja fué de Córdoba ó de Grijalva.

#### Combate y toma de Potonchan.

No se detuvo allí la flota; antes se partió luego, y muy alegres todos en haber hallado los que tenían por perdidos, y sin parar, fueron hasta el río de Grijalva, que en aquella lengua se dice Tabasco. No entraron dentro, porque pareció ser la barra muy baja para los navíos mayores; y así, echaron áncoras á la boca. Acudieron luego á mirar los navíos y gente muchos indios, y algunos con armas y plumajes, que á lo que desde la mar parecía, eran hombres lucidos y de buen parecer, y no se maravillaban casi de ver nuestra gente y velas, por haberlas visto al tiempo que Juan de Grijalva entró por aquel mesmo río. A Cortés le pareció bien la manera de aquella gente y el asiento de la tierra, y dejando buena guarda en los navíos grandes, metió la demás gente española en los bergantines y bateles que venian por popa de las naos, y ciertas piezas de artillería, y entróse con ello el río arriba contra la corriente, que era muy grande. A poco mas de media legua que subian por él, vieron un gran pueblo con las casas de adobes y los tejados de paja, el cual estaba cercado de madera con bien gruesa pared y troneras para flechar y tirar piedras y varas. Antes un poco que los nuestros llegasen al lugar, salieron á ellos muchos barquillos, que allí llaman tahucup, llenos de hombres armados, mostrándose muy feroces y ganosos de pelear. Cortés se adelantó haciendo señas de paz, y les habló por Jerónimo de Aguilar, rogándoles los recibiesen bien, pues no venian á les hacer mal, sino á tomar agua dulce y á comprar de comer, como hombres que andando por la mar, tenían necesidad dello; por tanto, que se lo diesen, que ellos se lo pagarian muy cortesmente. Los de las barquillas dijeron que irian con aquel mensaje al pueblo y les traerian respuesta y comida. Fueron, tornaron luego y trajeron en cinco ó seis barquillos pan, fruta y ocho gallipavos, y diéronselo todo dado. Cortés les mandó decir que aquella era muy poca provision para la necesidad grande que traian y para tantas personas como venian en aquellos grandes bateles, que ellos aun no habian visto, por estar cerrados, y que les rogaba mucho le trajesen harto, ó le consintiesen entrar en el pueblo á abastecerse. Los indios pidieron aquella noche de término para hacer lo uno ó lo otro de aquello que les rogaba, y con esto se fueron al lugar, y Cortés á una islica que el río hace, á esperar la

respuesta para otro día de mañana. Cada uno dellos pensó de engañar al otro; porque los indios tomaron aquel plazo para tener espacio de alzar aquella noche su ropilla, y poner en cobro sus hijos y mujeres por los montes y espesuras, y llamar gente á la defensa del pueblo; y Cortés mandó salir luego á la isleta todos los escopeteros y ballesteros, y otros muchos españoles que aun se estaban en los navíos, y hizo ir el río arriba á buscar vado. Entrambas cosas se hicieron aquella noche, sin que los contrarios, ocupados en solo sus cosas, las sintiesen; porque todos los de las naos se vinieron á do Cortés estaba, y los que fueron á buscar vado anduvieron tanto la ribera arriba tentando las corrientes, que á menos de media legua hallaron por do pasar, aunque hasta la cinta, y aun tambien hallaron tanta espesura y tan cubiertos los montes por una y otra ribera, que pudieron llegar hasta el lugar sin ser sentidos ni vistos. Con estas nuevas señaló Cortés dos capitanes con cada cient y cincuenta españoles, que fueron Alonso de Avila y Pedro de Albarado, y envió esa mesma noche con guía á meterse en aquellos bosques que estaban entre el río y el lugar, por dos efetos; uno, porque los indios viesen que no había mas gente en la isleta que el día antes; y otro, para que oyendo la señal que concertó, diesen en el lugar por la otra parte de tierra. Como fué de día, luego vinieron con el sol hasta ocho barcas de indios armados mas que primero, á do los nuestros estaban. Trajeron alguna poca comida, y dijeron que no podian haber mas, como los vecinos del pueblo habian echado á huir, de miedo dellos y de sus disformes navíos; por tanto, que les rogaban mucho tomasen aquello y se tornasen á la mar, y no curasen de desasosegar la gente de la tierra ni alborotalla mas. A esto respondió la lengua, diciendo que era inhumanidad dejarlos perescer de hambre, y que si le escuchasen la razón por qué habian venido allí, que verian cuánto bien y provecho se les seguiria dello. Replicaron los indios que no querian consejo de gente que no conocian, ni menos acojerlos en sus casas, porque les parecian hombres terribles y mandones, y que si agua querian, que la cogiesen del río ó hiciesen pozos en tierra; que así hacian ellos cuando menester la tenían. Entonces Cortés, viendo que eran por demás palabras, díjoles que en ninguna manera él podía dejar de entrar en el lugar y ver aquella tierra, para tomar y dar relacion della al mayor señor del mundo, que allí le enviaba; por eso, que lo tuviesen por bueno, pues él lo deseaba hacer por bien, y si no, que se encomendaria á su Dios y á sus manos y á las de sus compañeros. Los indios no decian mas de que se fuesen, y no curasen de bravear en tierra ajena, porque en ninguna manera le consintirian salir á ella ni entrar en su pueblo; antes le avisaban que si luego no se iba de allí, que le matarian á él y cuantos con él iban. No quiso Cortés no hacer con aquellos bárbaros todo cumplimiento, segun razon, y conforme á lo que los reyes de Castilla mandan en sus instrucciones, que es requerir una y dos y muchas veces con la paz á los indios antes de hacelles guerra ni entrar por fuerza en sus tierras y lugares; y así, les tornó á requerir con la paz y buena amistad, prometiéndoles buen tratamiento y libertad, y ofresciéndoles la

noticia de cosas tan provechosas para sus cuerpos y almas, que se tenían por bienaventurados después de sabidas, y que si todavía porfiaban en no le acoger ni admitir, que los apercibia y emplazaba para la tarde antes del sol puesto, porque pensaba, con ayuda de su Dios, dormir en el pueblo aquella noche, á pesar y daño de los moradores, que rehusaban su buena amistad y conversacion y la paz. Desto se rieron mucho, y mostrando se fueron al lugar á contar las soberbias y locuras que les parecia haber oido. En yéndose los indios, comieron los españoles, y dende á poco se armaron y se metieron en las barcas y bergantines, y aguardaron así á ver si los indios tornaban con alguna buena respuesta; pero como declinaba ya el sol y no venian, avisó Cortés á los españoles, que estaban puestos en celada, y él embrazó su rodela; y llamando á Dios y á Santiago y á san Pedro, su abogado, arremetió al lugar con los españoles que allí estaban, que serian obra de docientos, y en llegando á la cerca que tocaba en agua, y los bergantines en tierra, soltaron los tiros y saltaron al agua hasta el muslo todos, y comenzaron á combatir la cerca y baluartes, y á pelear con los enemigos, que había rato que les tiraban saetas y varas y piedras con hondas y á manos, y que entonces, viendo cabe sí los enemigos, peleaban reciamente de las almenas á lanzadas, y flechando muy á menudo por las saeteras y traviesas del muro, en que hirieron cuasi veinte españoles; y aunque el humo y el fuego y trueno de los tiros los espantó, embarazó y derribó en el suelo, de temor en oír y ver cosa tan temerosa y por ellos jamás vista, no desampararon la cerca ni la defensa sino los muertos; antes resistian gentilmente la fuerza y golpes de sus contrarios, y no les dejaban por allí entrar si por detrás no fueran salteados. Mas como los treientos españoles oyeron la artillería allá do estaban emboscados, que era la señal para acometer ellos tambien, arremetieron al pueblo; y como toda la gente dél estaba intenta y embebescida peleando con los que tenían delante, y les querian entrar por el río, halláronlo solo y sin resistencia por aquella parte que ellos habian de entrar, y entraron con grandes voces, hiriendo al que topaban. Entonces los del lugar conocieron su descuido, y quisieron socorrer aquel peligro; y así, aflojaron por do Cortés estaba peleando. Con esto pudo entrar por allí él y los que á par dél combatian, sin otro peligro ni contradicion; y así, unos por una parte y los otros por otra, llegaron á un tiempo á la plaza, yendo siempre peleando con los vecinos, de los cuales no quedó ninguno en el pueblo, sino los muertos y presos; que los otros desamparáronlo, y fuéronse á meter al monte que cerca estaba, con las mujeres, que ya estaban allá. Los españoles escudriñaron las casas, y no hallaron sino maíz y gallipavos y algunas cosas de algodón, y poco rastro de oro, ca no estaban dentro mas de cuatrocientos hombres de guerra á defender el lugar. Derramóse mucha sangre de indios en la toma deste lugar, por pelear desnudos; heridos fueron muchos, y cativos quedaron pocos; no se contaron los muertos. Cortés se aposentó en el templo de los ídolos con todos los españoles, y cupieron muy á placer, porque tiene un patio y unas salas muy buenas y grandes. Durmieron allí aquella noche á

buena guarda, como en casa de enemigos; mas los indios no osaron nada. Desta manera se tomó Potonchan, que fué la primera ciudad que Fernando Cortés ganó por fuerza en lo que descubrió y conquistó.

Demandas y respuestas entre Cortés y los potonchanos.

Otro día de mañana hizo Cortés venir ante sí los indios heridos y presos, y mandóles por su faraute ir donde estaba el señor con los demás vecinos del lugar, á decirles que del daño hecho, ellos se tenían la culpa, y no los cristianos, que les habían rogado con la paz tantas veces; y que si querían volverse á sus casas y pueblo, que lo podían hacer seguramente; que él les prometía por su Dios que no les sería hecho el menor enojo desta vida, sino todo placer y buen tratamiento; y al señor, que si no se confiaba de la palabra y fe que le daba, que le daría rehenes; porque deseaba mucho hablarle y conocerle, y informarse dél de algunas cosas que le mucho cumplieran saber, y aun darle noticia de otras con que muy mucho se holgase y aprovechase; y que si no quería venir, que supiese por cierto que él lo iría á buscar, y á proveerse de bastimentos por sus dineros. Despidiólos con esto, y enviólos contentos y libres, que ellos no pensaban. Los indios fueron bien alegres, y dijeron á los otros sus vecinos lo que les fué mandado. Pero no vino hombre dellos; antes se juntaron para dar en los nuestros de sobresalto, creyendo tomarlos descuidados y encerrados, do les pudiesen pegar fuego, si de otra manera no pudiesen vengarse. Envió tambien sin estos indios á ciertos españoles por tres caminos que parecían, y que todos iban á dar, según después pareció, á las labranzas y maizales del pueblo; y así, los llevó el camino donde estaban muchos indios; con los cuales escaramuzaron, por traer alguno al capitán que lo examinase en el lugar, y ellos dijeron cómo todos los de aquella tierra y sus comarcas se andaban llegando para pelear con todo su poder y fuerzas, y dar batalla á aquellos pocos hombres forasteros, y matarlos y comérselos, como á enemigos y salteadores. Dijeron mas, que tenían concertado entre sí que si fuesen vencidos á mala dicha suya, de servir en adelante como esclavos á señores. Cortés los envió libres como á los otros, y á decir á la junta y capitanes que no se pusiesen en aquello, que era locura, y por demás pensar vencer ni matar aquellos pocos hombres que allí veían; y que si no peleaban y dejaban las armas, él les prometía tenerlos y tratarlos como á hermanos y buenos amigos; y si perseveraban en la enemiga y guerra, que él los castigaria de tal manera, que dende en adelante jamás tomaran armas para semejante gente que él y los sus españoles. Con lo que estos mensajeros dijeron allá, ó por espíar algo, vinieron luego otro día veinte personas de autoridad y principales entre los suyos, al pueblo. Tocaron la tierra con los dedos, y alzaronlos al cielo, que es la salva y reverencia que acostumbran hacer; y dijeron al capitán Cortés que el señor de aquel pueblo y otros señores vecinos y amigos suyos le enviaban á rogar que no quemase el lugar, y que le traerian mantenimientos. Cortés les dijo que no eran hombres los suyos que se enojaban con las paredes, ni aun tampoco con los otros hombres, sino con muy grande y justa ra-

zon, ni eran allí venidos para hacer mal, sino para hacer bien; y que si su señor viniese, conocería presto cuánta verdad le decía en todo aquello, y cuán en breve él y todos los suyos sabrían grandes misterios y secretos de cosas jamás llegadas á su noticia; con que mucho se holgasen. Con esto se volvieron aquellos veinte embajadores ó espías, diciendo que tornarian con la respuesta; y así lo hicieron; porque á otro día trujeron algunas vituallas, y excusáronse que no traían mas á causa de estar la gente derramada y emboscada de temor; por las cuales no quisieron paga, sino ciertos cascabeles y otras bujerías así. Dijeron asimesmo que su señor en ninguna manera venía, porque se había ido, de miedo y vergüenza, á un lugar fuerte y léjos de allí; mas que enviaria personas de crédito y confianza con quien pudiese comunicar lo que quisiese; y que en cuanto á las cosas de comer, que él enviase enhorabuena á las buscar y comprar. Cortés holgó mucho con esta respuesta, por tener ocasion y justa causa de entrar por la tierra y saber el secreto della. Despidiólos pues, y avisólos que otro día iría con su gente por bastimentos para su ejército; por eso, que lo publicasen entre los naturales, para que tuviesen todo recaudo de comida, pues habían de ser bien pagados. Lo uno y lo otro era cautela; porque Cortés no lo hacia tanto por el comer cuanto por descubrir oro, que hasta allí había visto poco; y los indios andaban temporizando, hasta haberse juntado todos con muchas armas. Luego otro día por la mañana ordenó Cortés tres compañías, de á ochenta españoles cada una, y dióles por capitanes á Pedro de Albarado, Alonso de Avila y Gonzalo de Sandoval, y algunos indios de Cuba para servicio y carga, si hallasen maíz ó aves que traer. Enviólos por diferentes caminos, y mandó que no tomasen nada sin pagar ni por fuerza, y que no pasasen adelante de legua y media, ó cuando mucho, dos, porque con tiempo pudiesen tornarse al pueblo á dormir; y él quedóse con los otros españoles á guardar el lugar y la artillería. El un capitán de aquellos acertó á ir con su bandera á una aldea do estaban infinitos tabascanos en armas, guardando sus maizales. Rogóles que le diesen ó trocasen á cosas de rescate, de aquel maíz. Ellos dijeron que no querían; que para sí se lo habían menester. Sobre esto echaron mano á las armas los unos y los otros, y comenzaron una brava cuestión; pero como los indios eran muchos mas que los españoles, y descargaban en ellos innumerables saetas, con que malamente los herian, retrájanlos á una casa. Allí se defendieron los nuestros muy bien, aunque con manifiesto temor y peligro de fuego. Y cierto perescieran allí todos ó los mas, si los otros caminos por do echaron las otras dos compañías, no respondieran allí á aquellas rozas y labranzas. Pero plugo á Dios que llegaron casi á una los otros dos capitanes á la mesma aldea, al mayor hervor y grita que los indios tenían en combatir la casa donde estaban cercados los ochenta españoles, y con su venida dejaron los indios el combate, y arremolináronse á una parte; y así, los cercados salieron, y se juntaron con los otros españoles, y echaron hácia el lugar, escaramuzando todavía con los enemigos, que los venían flechando. Cortés iba ya con cien compañeros y con la artillería á socorrer-

los, porque dos indios de Cuba vinieron á decirle el peligro en que quedaban aquellos ochenta españoles. Topólos á una milla del pueblo, y porque aun venían los enemigos, dañando en los traseros, hizoles tirar dos falconetes, con que se quedaron y no pasaron de allí, y él se metió con todos los suyos en el pueblo. Murieron en este día algunos indios, y fueron heridos muchos españoles malamente.

La batalla de Cintla.

No se durmió aquella noche Cortés; antes hizo llevar á las naos todos los heridos y ropa y otros embarazos, y sacar los que guardaban la flota, y trece caballos; lo cual se hizo antes que amaneciese, mas no sin lo sentir los tabascanos. Cuando el sol salió, ya había oído misa, y tenía en el campo cerca de quinientos españoles, trece caballos y seis tiros de fuego. Estos caballos fueron los primeros que entraron en aquella tierra, y que agora llaman Nueva-España. Ordenó la gente, puso en concierto la artillería, y caminó hácia Cintla, donde el día antes fué la riña, creyendo que allí hallaría los indios. Ya tambien ellos, cuando los nuestros llegaron, comenzaban á entrar en camino muy en ordenanza, y venían en cinco escuadrones de ocho mil cada uno; y como donde se toparon era barbechos y tierra labrada, y entre muchas acequias y rios hondos y malos de pasar, embarazáronse los nuestros y desordenáronse; y Fernando Cortés se fué con los de caballo á buscar mejor paso sobre la mano izquierda, y á encubrirse con unos árboles, y dar por allí, como de emboscada, en los enemigos por las espaldas ó lado. Los de pié siguieron su camino derecho, pasando á cada paso acequias, y escudándose, que los contrarios les tiraban; y así, entraron en unas grandes rozas labradas y de mucha agua, donde los indios, como hombres que sabían los pasos, que estaban diestros y sueltos en saltar las acequias, llegaban á flechar, y aun á tirar varas y piedras con honda. De manera que, aunque los nuestros hacían daño en ellos y mataban algunos con ballestas y escopetas y con la artillería, cuando podía jugar, no los podían desecher de sobresí, porque tenían amparo en árboles y valladares; y si de industria los de Potonchan esperaron en aquel mal lugar, como es de creer, no eran bárbaros ni mal entendidos en guerra. Salieron pues de aquel mal paso, y entraron en otro algo mejor, porque era espacioso y llano y con menos rios, y allí aprovecháronse mas de las armas de tiro, que daban siempre en lleno, y de las espadas, que llegaban á pelear cuerpo á cuerpo. Pero como eran infinitos los indios, cargaron tanto sobre ellos, que los arremolinaron en tan poco estrecho de tierra, que les fué forzado, para defenderse, pelear vueltas las espaldas unos á otros, y aun así, estaban en muy grande aprieto y peligro, porque ni tenían lugar de tirar su artillería, ni gente de caballo que les apartase los enemigos. Estando pues así caidos y para huir, apareció Francisco Morla en un caballo rucio picado, que arremetió á los indios y hizoles arrear algún tanto. Entonces los españoles, pensando que era Cortés, y con tener espacio, arremetieron á los enemigos, y mataron algunos dellos. Con esto el de caballo no pareció mas, y con su ausencia volvieron los indios sobre los es-

pañoles, y pusieronlos en el estrecho que antes. Tornó luego el de caballo, púsose cabe los nuestros, corrió á los enemigos y hizoles dar espacio. Entonces ellos, sintiendo favor de hombre á caballo, van con ímpetu á los indios, y matan y hieren muchos dellos; pero al mejor tiempo los dejó el caballero, y no le pudieron ver. Como los indios no vieron tampoco al de caballo, de cuyo miedo y espanto huían, pensando que era centauro, revuelven sobre los cristianos con gentil denuedo, y trátanlos peor que antes. Tornó entonces el de caballo tercera vez, y hizo huir los indios con daño y miedo, y los peones arremetieron asimesmo, hiriendo y matando. A esta sazón llegó Cortés con los otros compañeros á caballo, harto de arrodar, y de pasar arroyos y montes, que no había otra por todo aquello. Dijéronle lo que habían visto hacer á uno de caballo, y preguntaron si era de su compañía; y como dijo que no, porque ninguno dellos había podido venir antes, creyeron que era el apóstol Santiago, patron de España. Entonces dijo Cortés: «Adelante, compañeros; que Dios es con nosotros y el glorioso sant Pedro.» Y en diciendo esto, arremetió á mas correr con los de caballo por medio de los enemigos, y lanzólos fuera de las acequias, á parte que muy á su talante los pudo alancear, y alanceando, desbaratar. Los indios dejaron luego el campo raso, y se metieron por los bosques y espesuras, no parando hombre con hombre. Acudieron luego los de pié, y siguieron el alcance; en el cual mataron bien mas de treientos indios, sin otros muchos que hirieron de escopeta y de ballesta. Quedaron heridos este día mas de setenta españoles de flechas y aun de pedradas. Con el trabajo de la batalla, ó con el gran calor y excesivo que allí hace, ó por las aguas que bebieron nuestros españoles por aquellos arroyos y balsas, les dió un dolor súbito de lomos, que cayeron en tierra mas de ciento dellos; á los cuales fué menester llevar á cuestras ó arrimados; pero quiso Dios que se les quitó del todo aquella noche, y á la mañana ya estaban todos buenos. No pocas gracias dieron nuestros españoles cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios, con quien habían peleado, á nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar; y todos dijeron que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, según arriba queda dicho; y que era Santiago, nuestro patron. Fernando Cortés mas queria que fuese sant Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que dellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció; porque no solamente lo vieron los españoles, mas aun tambien los indios lo notaron por el estrago que en ellos hacia cada vez que arremetía á su escuadron, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto.

Tabasco se da por amigo de cristianos.

Cortés soltó algunos, y envió á decir con ellos al señor y á todos los otros, que le pesaba del daño hecho á entrambas partes por culpa y dureza suya dellos; que de su inocencia y comedimiento Dios le era buen testigo. Mas no obstante todo esto, él los perdonaba de su error si venían luego ó dentro de dos días á dar justo descargo y satisfacion de su malicia, y á tratar con él paz

y amistad, y los otros misterios que le quería declarar; aperebiéndolos que si dentro de aquel plazo no viniesen, de entrar por su tierra dentro, destruyéndola, quemando, talando y matando cuantos hombres topase, chicos y grandes, armados y sin armas. Despachados aquellos hombres con este mensaje, se fué con todos sus españoles al pueblo á descansar y á curar todos los heridos. Los mensajeros hicieron bien su oficio; y así, otro día vinieron mas de cincuenta indios honrados á pedir perdón de lo pasado, licencia para enterrar los muertos y salvoconduto para venir los señores y personas principales al pueblo seguramente. Cortés les concedió lo que pedían; y les dijo que no le engañasen ni mintiesen mas, ni hiciesen otra junta, que sería para mayor mal suyo y de la tierra; y que si el señor del lugar y los otros sus amigos y vecinos no viniesen en persona, que no los bñra mas por terceros. Con tan bravo y riguroso mandamiento y protesto como este y el pasado, fueron, ó por sentirse de flacas fuerzas y de armas desiguales para pelear ni resistir aquellos pocos españoles, que tenían por invencibles, acordaron los señores y personas mas principales de ir á ver y hablar á aquella gente y á su capitán. Así que, pasado el término que llevaron, vino á Cortés el señor de aquel pueblo y otros cuatro ó cinco, sus comarcanos, con buena compañía de indios, y le trujeron pan, gallipavos, frutas y cosas así de bastimento para el real, y hasta cuatrocientos pesos de oro en joyuelas, y ciertas piedras turquesas de poco valor, y hasta veinte mujeres de sus esclavas para que les cociesen pan y guisasen de comer al ejército; con las cuales pensaban hacerle gran servicio, como los veían sin mujeres, y porque cada día es menester moler y cocer el pan de maíz, en que se ocupan mucho tiempo las mujeres. Demandaron perdón de todo lo pasado. Rogaron que los recibiese por amigos, y entregáronse en su poder y de los españoles, ofresciéndoles la tierra, la hacienda y las personas. Cortés los recibió y trató muy bien, y les dió cosas de rescate, con que se holgaron mucho, y repartió aquellas veinte mujeres esclavas entre los españoles por camaradas. Relinchaban los caballos é yeguas que tenían atados en el patio del templo, do pasaban, á unos árboles que había. Preguntaron los indios qué decían. Respondiéronles que reñían porque no los castigaban por haber peleado. Ellos entonces dábanles rosas y gallipavos que comiesen, rogándoles que los perdonasen.

Preguntas que Cortés hizo á Tabasco.

Muchas cosas pasaron entre los nuestros y estos indios, que como no se entendían, eran mucho para reír. Y luego que conversaron y vieron que no les hacían mal, trajeron al lugar sus hijos y mujeres; que no fué así chiquito número, ni mas aseado que de gitanos. Entre lo que Fernando Cortés trató y platicó con Tabasco por lengua y medio de Jerónimo de Aguilar, fueron cinco cosas. La primera, si había minas en aquella tierra de oro ó plata, y cómo tenían y de dónde aquello poco que traían. La segunda, qué fué la causa por que á él le negaron su amistad, y no al otro capitán que vino allí el año antes con armada. La tercera, por qué razón, siendo ellos tantos, huían de tan pocos. La cuarta,

para darles á entender la grandeza y poderío del Emperador y rey de Castilla. Y la otra fué una predicación y declaración de la fe de Cristo. Cuanto á lo del oro y riquezas de la tierra, le respondió que ellos no curaban mucho de vivir ricos, sino contentos y á placer; y que por eso no sabía decir qué cosa era mina, ni buscaban oro mas de lo que se hallaban, y que aquello era poco; pero que en la tierra mas adentro, y hácia donde el sol se cubría, se hallaba mucho dello; y los de allá se daban mas á ello que no ellos. A lo del capitán pasado, dijo que como eran aquellos hombres que traía, y los navíos, los primeros que de aquel talle y forma habían aportado á su tierra, que les habló y preguntó qué querían; y como le dijeron que trocar oro, y no mas, que lo hicieron de grado; empero que agora viendo mas y mayores naos, que pensó que tornaban á le tomar lo que les quedaba, y aun también porque estaba afrentado de que nadie le hobiese burlado así; lo que no habían hecho á otros menores señores que él. En lo demás que tocaba á la guerra, dijo que ellos se tenían por esforzados, y para con los de cabe su tierra valientes, porque nadie les llevaba su ropa por fuerza, ni las mujeres, ni aun los hijos para sacrificar; y que así pensó de aquellos pocos extranjeros; pero que se había hallado engañado en su corazón después que se habían probado con ellos, pues ninguno pudieron matar. Y que los cegaba el resplandor de las espadas, cuyo golpe y herida era grande y mortal y sin cura; y que el estruendo y fuego de la artillería los asombraba mas que los truenos y relámpagos ni que los rayos del cielo, por el destrozo y muertes que hacía donde daba; y que los caballos les pusieron grande admiración y miedo, así con la boca, que parecía que los iba á tragar, como con la presteza que los alcanzaba, siendo ellos ligeros y corredores; y que como era animal que nunca ellos vieron, les había puesto grandísimo temor el primero que con ellos peleó, aunque no era sino uno; y como dende á poco rato eran muchos, no pudieron sufrir el espanto ni la fuerza ni furia de su correr, y pensábamos que hombre y caballo todo era uno.

Cómo los de Potonchan quebraron sus ídolos y adoraron la cruz.

Con esta relación vió Cortés que no era tierra aquella para españoles, ni le cumplía asentar allí, no habiendo oro ni plata ni otra riqueza; y así, propuso de pasar adelante para descubrir mejor dónde era aquella tierra hácia poniente que tenía oro. Pero primero les dijo cómo el señor en cuyo nombre iban él y aquellos sus compañeros, era rey de España, emperador de cristianos, y el mayor príncipe del mundo, á quien mas reinos y provincias servían y obedescían que á otro vasallos, y cuyo mando y gobernación de justicia era de Dios, justo, santo, pacífico, suave, y á quien le pertenecía la monarquía del universo; por lo cual ellos debían darse por sus vasallos y conocidos; y que si lo hacían así, se les seguirían muchos y muy grandes provechos de leyes y policía y en costumbres. Y en cuanto á lo que tocaba á la religión, les dijo la ceguedad y vanidad grandísima que tenían en adorar muchos dioses, en hacerles sacrificios de sangre humana, en pensar que aquellas estatuas les hacían el bien ó mal que les venía, siendo mudas, sin

ánima, y hechura de sus mismas manos. Dióles á entender un Dios, criador del cielo y de la tierra y de los hombres, que los cristianos adoraban y servían, y que todos lo debían adorar y servir. En fin, tanto les predicó, que quebraron sus ídolos y recibieron la cruz, habiéndoles declarado primero los grandes misterios que en ella hizo y pasó el Hijo del mismo Dios. Y así, con gran devoción y concurso de indios, y con muchas lágrimas de españoles, se puso una cruz en el templo mayor de Potonchan, y de rodillas la besaron y adoraron los nuestros primero, y tras ellos los indios. Despidiólos así, y fuéronse todos á comer. Rogóles Cortés que viniesen de allí á dos días á ver la fiesta de ramos. Ellos, como hombres religiosos y que podían venir seguramente, no solo vinieron los vecinos, mas aun los comarcanos del lugar, en tanta multitud, que puso admiración de dónde tan presto se pudo juntar allí tanto millar de millares de hombres y mujeres, los cuales todos juntos dieron la obediencia y vasallaje al rey de España en manos de Fernando Cortés, y se declararon por amigos de españoles; y estos fueron los primeros vasallos que el Emperador tuvo en la Nueva-España. Luego que fué hora el domingo, mandó Cortés cortar muy muchos ramos y ponerlos en un rintero, como en mesa, mas en el campo, por la mucha gente, y decir el oficio con los mejores ornamentos que había, al cual se hallaron los indios, y estuvieron atentos á las cerimonias y pompa con que se anduvo la procesion, y se celebró la misa y fiesta; con que los indios quedaron contentos, y los nuestros se embarcaron con los ramos en las manos. No menor alabanza mereció en esto Cortés que en la victoria, porque en todo se hubo cuerda y esforzadamente. Dejó aquellos indios á su devoción, y al pueblo libre y sin daño. No tomó esclavos ni saqueó, ni tampoco rescató, aunque estuvo allí mas de veinte días. Al pueblo llaman los vecinos Potonchan, que quiere decir lugar que hiede, y los nuestros la Vitoria. El señor se decía Tabasco, y por eso le pusieron nombre los primeros españoles al río, el río de Tabasco; y Juan de Grijalva le nombró como á sí, que no se perderá su apellido ni memoria con esto tan áína; y así habían de hacer los que descubren y pueblan, perpetuar sus nombres. Es gran pueblo, mas no tiene veinte y cinco mil casas, como algunos dicen; aunque, como cada casa está por sí como isla, parece mas de lo que es. Son las casas grandes, buenas, de cal y ladrillo ó piedra; otras hay de adobes y palos, mas la cubierta es paja ó plancha. La vivienda en alto, por la niebla y humedad del río. Por el fuego tienen apartadas las casas. Mejores edificios tienen fuera que dentro del lugar, para su recreación. Son morenos, andan casi desnudos, y comen carne humana de la sacrificada. Las armas que tienen son arco, flecha, honda, vara, lanza. Las otras con que se defienden son rodela, casco y unos como escarcelones: todo esto de palo ó corteza, y alguno de oro, pero muy delgado. Traen también cierta manera de corazas, que son unos listones estofados de algodón, revueltos á lo hueco del cuerpo.

Del río de Albarado, que los indios llaman Papaloapan.

Después que salió Cortés de Potonchan, entró en un

río que llaman de Albarado, por haber entrado primero que todos en él aquel capitán. Mas los que moran en sus riberas le dicen Papaloapan, y nasce en Aticpan, cerca de la sierra de Culhuacan. La fuente mana al pié de unos serrejones. Tiene encima un hermoso peñol redondo, ahusado, y alto cien estados, y cubierto de árboles, donde hacían los indios muchos sacrificios de sangre. Es muy honda, clara, llena de buenos peces, ancha mas de cien pasadas. Entran en este río Quiyoteppec, Vivilla, Chimantlan, Cuauhcuezpaltepec, Tatzlan, Teyuciyocan, y otros menores ríos, que todos llevan oro. Cae á la mar por tres canales, uno de arena, otro de lama, otro de peña. Corre por buena tierra, tiene gentil ribera, y hace grandes esteros con sus muchas y ordinarias crescidas. Uno dellos está entre Otlatitlan y Cuauhcuezpaltepec, dos buenos pueblos. Bulle de peces aquel estero ó laguna. Hay muchos sábalos del tamaño de toñinas, muchas sierpes, que llaman en las islas iguanas, y en esta tierra cuauhcuezpaltepec. Parece lagarto de los muy pintados, tiene la cabeza chica y redonda, el cuerpo gordo, el cerro erizado con cerdas, la cola larga, delgada, y que la tuerce y arrolla como galgo; cuatro pedazuelos de á cuatro dedos, y con uñas de ave; los dientes agudos, mas no muerde, aunque hace ruido con ellos; el color es pardo, sufre mucho la hambre, pone huevos como gallina, que tienen yema y clara y cáscara; son pequeños y redondos, y buenos de comer. La carne sabe á conejo, y es mejor. Cómenla en cuaresma por pescado, y en carnal por carne, diciendo ser de dos elementos, y por consiguiente, de entrambos tiempos. Es dañosa para bubosos. Salen estos animales del agua, y suben á los árboles y andan por tierra. Asombran á quien los mira, aunque los conozca: tan fiera catadura tienen. Engordan mucho fregándoles la barriga en arena, que es nuevo secreto. Hay también manatis, tortugas, y otros peces muy grandes que acá no conocemos; tiburones y lobos marinos, que salen á tierra á dormir y roncan muy recio. Paren las hembras cada dos lobos y críanlos con leche, ea tienen dos tetas al pecho entre los brazos. Hay perpetua enemiga entre los tiburones y lobos marinos, y pelean reciamente, el tiburón por comer y el lobo por no ser comido. Empero siempre son muchos tiburones para un lobo. Hay muchas aves pequeñas y grandes, de nueva color y talle para nosotros. Patos negros con alas blancas, que se precian mucho para pluma, y que se vende cada uno, en la tierra donde no los hay, por un esclavo. Garcetas blancas, muy estimadas para plumajes. Otras aves que llaman tequechul ó avedios, como gallos, de que hacen ricas cosas con oro; y si la obra desta pluma fuese durable, no había mas que pedir. Hay uñas aves como torcazas, blancas y pardas, que parecen ánades en el pico, y que tienen un pié de pata y otro de uñas como gavilán; y así, pescan nadando y cazan volando. Andan también por allí muchas aves de rapiña, como decir gavilanes, azores y halcones de diversas maneras, que se ceban y mantienen de las mansas. Cuerpos marinos que pescan á maravilla, y unas que parecen cigüeñas en el cuello y pico, sino que lo tienen mucho mas largo y extraño. Hay muchos alcatraces y de muchas colores, que se sustentan de peces: son como